

## LA POLÍTICA APARECIDA: LOS SESENTA

Ana Liza Bugnone  
Universidad Nacional de La Plata / CONICET (Argentina)  
anabugnone@gmail.com

### Resumen

Este trabajo intenta un acercamiento al problema de la política en la década de los sesenta desde el punto de vista de lo que se considera aquí un doble proceso: la implantación de un *espectro de prohibiciones* y proscripciones desde el Estado que bloqueaban los accesos a la política institucionalizada, al tiempo que la radicalización progresiva de algunos sectores de la sociedad daba cuenta de que la política se colaba por los intersticios que dejaba el poder: la política *aparecida*. Se realiza un breve repaso por las dimensiones más sobresalientes de este proceso y, para ello, se utilizan como fuentes documentos producidos o recolectados por la inteligencia policial, que reflejan, a través de informes, volantes, panfletos y otros tipos documentales, las posiciones adoptadas por distintos actores radicalizados, así como por el Estado.

**Palabras clave:** política, Estado, democracia, Argentina, década de los sesenta.

Este trabajo se centra en una de las características de la política de la década de los sesenta. Más que un estudio pormenorizado de las medidas tomadas por los distintos gobiernos de la década, se pretende un análisis de lo que se considerará un doble proceso político. Interesa pensar aquí los sesenta más que como prolegómeno del decurso posterior de la radicalización y crisis de los setenta, como una década que puede analizarse per se. Una cuestión central es la proscripción del peronismo, que, si bien desde 1955 fue pasando por distintas etapas hasta llegar, en 1973, a la presidencia de Perón, es un dato omnipresente que actuó como tamiz para las decisiones y acciones políticas de los distintos actores involucrados en la lucha política. Es claro que esa proscripción implicaba no sólo una decisión de corte político, sino también un desafío al escenario económico que se había inaugurado con Perón –que se ha denominado “nacional y popular”– y especialmente a la participación que habían tenido los trabajadores tanto en su entrada a la política, como en la distribución del ingreso. El distanciamiento ocurrido entre el Estado y la sociedad entre 1955 y 1973, como consecuencia de las políticas represivas de la participación política y de la proscripción del peronismo en especial, fue uno de los factores que contribuyó fuertemente a que las masas obligadas a alejarse de la política formal, se volcaran hacia la politización y radicalización. Pero hubo, además, otros factores a nivel nacional e internacional que permiten comprender el proceso.

Se parte en este trabajo de la siguiente pregunta: ¿cómo se dio la combinación de un cúmulo de restricciones que provenían del Estado, que conformó lo que se llamará aquí un *espectro de prohibiciones*, con una serie de intentos de liberación política que emergían, por distintos canales y de diversas formas, de la sociedad? Si bien la respuesta requiere de un estudio de mayor envergadura, es la cuestión que genera estas reflexiones. Se realizará para ello un breve repaso de sus dimensiones más importantes a lo que se agregará un análisis de fuentes, en su mayoría documentos de carácter público que forman parte del Archivo de la Dirección de

Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Se trata de documentos que integran los "legajos" (expedientes) producidos por la labor de inteligencia de la policía provincial, en los que se agregaban documentos, panfletos, volantes, de distintas organizaciones políticas y sociales obtenidos por la tarea policial. También se han utilizado para este trabajo, documentos de esa Dirección en los que constan las distintas directrices represivas del Estado para ser cumplidas por la policía.

Se considerará aquí que las consecuencias sobresalientes del proceso político de la década son, en términos generales, dos. La primera de ellas es el distanciamiento casi total entre la sociedad y el Estado, entre un pueblo mayoritariamente peronista y unos gobiernos incapaces de encauzar las demandas políticas y económicas de gran parte de la sociedad. Paralelamente a este distanciamiento, y emparentado con el mismo proceso, hubo un acercamiento entre sectores de la sociedad y la política –ya no el Estado– que culminó con una politización y radicalización crecientes. La política de los sesenta es, en este sentido, una política *aparecida*, en tanto, obligada a desaparecer de las entrañas de la sociedad, suprimida a la fuerza, aparece por otros canales, por fuera del sistema político, cargada de la fuerza de lo que emerge de una prohibición. Si una de las principales reacciones a la proscripción en la década anterior fue la de un grupo de peronistas nucleado en la Resistencia Peronista, para finales de los sesenta se habían incorporado a la política que desafiaba al autoritarismo grupos de clases medias, intelectuales, estudiantes, obreros. Hay varias explicaciones sobre este fenómeno, pero todas coinciden en señalar algunos acontecimientos de índole nacional e internacional que marcaron la coyuntura de los sesenta. Los enumeraremos sucintamente, ya que han sido harto analizados en los textos de referencia y, en general, no hay grandes desacuerdos entre los autores.

La *Revolución Cubana* en el contexto de la Guerra Fría fue el hecho que hizo estallar la idea de revolución, antes asociada, para los partidos tradicionales de la izquierda, a un proceso gradual y progresivo. La posibilidad concreta de llevarla a cabo en otros países latinoamericanos no sólo fue un mensaje emitido desde la misma revolución cubana, sino que también hubo un proceso de apropiación de esa idea en la Argentina. En ese sentido, comenzó a establecerse la percepción de que la revolución no sólo era factible, sino que, para algunos, también era compatible con el peronismo y con el cristianismo. La idea de revolución pasó a ser un objeto de identificación no sólo en el mundo estrictamente político, sino que también en el ámbito de los intelectuales, las letras, el arte, las universidades, aparecía como idea-guía de acciones específicas dentro de cada espacio particular de acción, pero también como medio de vinculación con el campo político.

Otro de los factores mencionados para explicar la politización son las *crecientes medidas represivas por el gobierno de Onganía* que confluyeron en una *serie de acciones de protesta en el interior del país*. Primero en Corrientes, una protesta por el aumento de precios del comedor universitario terminó con un muerto, luego en Rosario murieron dos estudiantes. En Córdoba, se sumó a la situación de movilización estudiantil por los hechos en Corrientes y Rosario, una protesta de obreros que terminó con un llamado a huelga general por parte de las

dos centrales obreras. Finalmente, el 29 de mayo de 1969, se produjo el Cordobazo: una confluencia de acciones estudiantiles y obreras, así como de otros ciudadanos disconformes, que tomaron parte de una de las ciudades más importantes e industrializadas del país durante dos días. Terminó con muertos, presos y heridos, pero demostró al gobierno el bajísimo grado de legitimidad que poseía y el nivel de descontento social que había provocado con sus represivas políticas en lo económico, social y cultural. Sobre la significación de este hecho, De Riz afirma que “reuniendo a obreros y estudiantes, el estallido social en Córdoba ofrecía la prueba de que se había abierto un camino, la señal de que algo diferente y nuevo era posible en el país [...] Para los sectores de la izquierda, era la esperanza de construcción de un nuevo orden” (1).

La *actitud que adoptó Perón desde el exilio*, apoyando a la radicalización política de los peronistas, al mismo tiempo que autorizaba a otros interlocutores más cercanos a la derecha, influyó en este proceso. En discursos, cartas y mensajes que enviaba desde España, Perón incorporó el lenguaje de la nueva izquierda, aceptó el uso de la violencia, abrevando la idea ya instalada en algunos sectores sobre la pertinencia de unir peronismo con revolución. Esta actitud que se leyó en clave de apoyo a las acciones de tipo guerrilleras, por un lado, permitió justificarlas en nombre del peronismo y del retorno del líder; y por otro lado, su falta de condena importó para los grupos más radicalizados la posibilidad de continuar con esas acciones hasta las últimas consecuencias. Finalmente, otra vez en el poder, Perón captó hasta qué punto había alimentado la tendencia revolucionaria del movimiento y se definió por el ala más derechista.

Cabe incorporar aquí una sospecha: si se considera que la proscripción es uno de los aspectos fundamentales para explicar el origen del proceso de radicalización, podría pensarse que las actitudes de Perón fueron determinantes de ese proceso, sin embargo cabe preguntarse si fue el mismo hecho de la proscripción, la prohibición de una identidad política masiva, lo que fue generando las distintas reacciones más que de lo que esa situación dijera el propio Perón. La radicalización fue tomando su propio rumbo, en una época en que fue aumentando el grado de convulsión social y política, y si las palabras de aliento de Perón contribuyeron al mismo proceso, lo fueron tal vez casi tanto como las de Ernesto “Che” Guevara y las de Mao Tse Tung, figuras cada vez más populares entre los grupos más radicalizados.

Un aspecto relevante es el *descrédito de la idea de democracia*. Dice Hobsbawm que “los sistemas democráticos no pueden funcionar si no existe un consenso básico entre la gran mayoría de los ciudadanos acerca de la aceptación de su estado y de su sistema social o, cuando menos, una disposición a negociar para llegar a soluciones de compromiso” (2). Aunque este autor se refiere a la Europa de entre-guerras, la reflexión es aplicable a la falta de consenso existente en la Argentina en esta época signada por los golpes de Estado y destituciones entre gobiernos de facto (1955 - 1962 - 1966 - 1970 - 1971), y en la que otros gobiernos eran elegidos pseudo-democráticamente, sin la participación del partido mayoritario. Cavarozzi hace referencia a esta situación como una renuncia colectiva de la sociedad civil, que se consideró incapaz de llegar a soluciones por vía del consenso entre intereses

contrapuestos. El descrédito de la idea de democracia se vincula también al ascenso de la idea de revolución, tanto desde la derecha como desde la izquierda. A ello se suma que las unidades que permiten el funcionamiento de la democracia en la competencia por el acceso al poder, los partidos políticos, tampoco escapaban al escepticismo. No aparecían como representativos de las mayorías –tégase en cuenta que el peronismo se encontraba proscrito– y, por el contrario, diferentes instituciones se elevaban frente a ellos: las Fuerzas Armadas, los sindicatos, los grupos económicos, que ocupaban ahora un rol fundamental para presionar, negociar e influir en las decisiones políticas.

Tampoco Perón ni los sindicatos, como representantes políticos del peronismo, apoyaron los intentos democratizantes al interior de las fábricas y barrios. La idea de democracia, el respeto a los valores de la participación de las mayorías y la vía eleccionaria como mejor salida del sistema político fueron perdiendo todo interés y legitimidad. Se oponía, entonces, la idea de gobierno por la fuerza, que, tantas veces llevado a cabo por las Fuerzas Armadas, aparecía como la forma más acertada en la solución de los conflictos y pasó a ser un camino posible también para los grupos más radicalizados. El ejemplo de Cuba, como proceso corto y altamente eficaz en la toma del poder, daba cuenta de las posibilidades concretas de modificación rotunda del sistema evitando largas esperas graduales o reformistas por la vía democrática.

La *renovación de la doctrina social de la iglesia católica* es otro de los aspectos de este proceso. Apoyados en el Concilio Vaticano II (1962 - 1965), la encíclica “*Populorum Progressio*” (Pablo VI, 1967), el “Mensaje de los 18 Obispos del Tercer Mundo” (1967), la Conferencia del Episcopado Latinoamericano (CELAM) en Medellín (24 de agosto - 4 de septiembre de 1968), así como en las figuras del “Che” Guevara y el sacerdote colombiano Camilo Torres, surgieron la Teología de la Liberación, que conjugaba marxismo con cristianismo, y el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM). Estos factores determinaron un *aggiornamento* de la doctrina de la iglesia, de acuerdo con las corrientes ideológicas progresistas de la época. El compromiso con los pobres y el pueblo –que luego fue leído como alianza con el pueblo peronista–, estaba en la base de una interpretación marxista del cristianismo. Camilo Torres y los católicos que se reunían en torno a Manuel García Elorrio, y que conformaron el grupo “Cristianismo y Revolución”, son emblemáticos en ese sentido. Rechazaban fuertemente al gobierno de Onganía, denunciaban sus atropellos, torturas, encierros, así como a las más altas jerarquías de la Iglesia católica. Basados frecuentemente en la encíclica “*Populorum Progressio*”, que rechazaba la insurrección revolucionaria *excepto* en los casos de “tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañase peligrosamente el bien común del país”, los integrantes de Cristianismo y Revolución decían que el “único camino capaz de modificar la injusticia y el sometimiento económico: [es] la toma del poder por y para las mayorías” (3). Jóvenes de formación católica se fueron acercando por medio de curas obreros y curas villeros a la idea del “hombre nuevo” y de compromiso con el pueblo, que requería de una solidaridad y entrega propias de la doctrina cristiana, y así, algunos de ellos pasarían luego a formar parte de organizaciones armadas.

### **Callejón sin salida**

La imposibilidad de gobiernos militares y semidemocráticos de dar una salida al problema de peronismo proscrito, significaba que amplios sectores de la sociedad no pudieran actuar libremente según su identidad política y se vieran alejados por la fuerza de sus prácticas públicas y privadas. El decreto 3855/55 que establece la proscripción del peronismo, no sólo elimina el partido y prohíbe la militancia peronista, sino que también se introduce en el ámbito privado a través de la intervención del lenguaje: ni siquiera podía nombrarse la palabra “Perón” o “peronismo”. Cavarozzi sostiene que las principales consecuencias de la proscripción fueron, en primer lugar, una profunda disyunción entre la sociedad y el funcionamiento de la política – podemos agregar *institucional*– que provocó el surgimiento de un sistema político dual; y en segundo lugar, disidencias dentro de los partidos no peronistas y militares, especialmente por el rol autoritario de los militares en la política y por la cuestión de la proscripción. Los gobiernos dictatoriales entre 1955 y 1971 no sólo fueron defensores de la proscripción, sino que además reprimieron cualquier intento de levantarla. Esta cuestión, aparentemente irresoluble también desde los gobiernos semidemocráticos –a pesar de ciertas iniciativas de los gobiernos de Frondizi e Illia– ya sea por presiones de los grupos antiperonistas, las Fuerzas Armadas, o por falta de decisión política, inhabilitó una solución a la imposibilidad de miles de personas de actuar políticamente según sus convicciones. A ello se suma la proscripción del partido comunista que, implicaba, además, la interdicción a todo tipo de actividades culturales y sociales de organizaciones e instituciones, así como a publicaciones, que los gobiernos identificaran con el comunismo. El decreto 4965 del año 1959, cuando se refiere a estas prohibiciones, hace mención a acciones o instituciones “directa o indirectamente vinculadas a dicho partido” y también “ostensible u ocultamente actúen como órganos” del partido, lo que da un amplio margen de interpretación para la acción represiva. A partir de las proscripciones y diversas prohibiciones que avalaba la legislación, se bloqueaban, además de las actividades puramente políticas, otros canales de participación y expresión sociales e individuales, aún independientemente de que efectivamente se trate de acciones comunistas, ampliando así la base de acciones identificadas como “peligrosas” o “subversivas”. Este proceso se intensificó con la llegada de Onganía al poder.

El proyecto de la Revolución Argentina se basaba en los tres tiempos: el económico, el social y el político. Cada uno de ellos, con un orden establecido, se haría cargo de lo que consideraban los problemas fundamentales del país. Con relación al último, la propuesta consistía en un sistema de raíz corporativista, en el que ya no actuaran los partidos, sino organizaciones en representación de los distintos sectores de la sociedad. La eliminación total de los partidos políticos, por considerarlos la raíz de los males del país, implicaba ya no sólo la prohibición del peronismo, sino también de todas las actividades políticas. Lo que Cavarozzi denomina “tratamiento shock”, y Terán “shock autoritario”, implicó que las prácticas estudiantiles, artísticas, editoriales y culturales en general fueran reprimidas y las universidades, intervenidas, intentando así obstaculizar también un espacio simbólico del pensamiento crítico.

Es aceptado que el Cordobazo marcó el comienzo del fin del gobierno de Onganía, ya que puso en jaque a su régimen y desató una serie de acciones de protesta que demostraron su escasa legitimidad en el poder e hicieron visible que el consenso inicial de amplios sectores de la sociedad con su régimen se había terminado. Cavarozzi amplía esa interpretación, ubicando en el año 1969 dos crisis: una crisis del régimen militar con sus interlocutores internos y externos, y una crisis de dominación social más general, no sólo vinculada al régimen, sino a diversas prácticas y relaciones sociales de autoridad.

### **La política por afuera**

En este contexto, la CGT pasó a tener la representación del peronismo y a ser uno de los actores privilegiados que negociaba con los distintos regímenes. Sin embargo, su política no abarcaba a todo el “pueblo peronista”, sino que defendía intereses de tipo corporativos, es decir, relacionados con las demandas específicas del grupo al que representaba. Según Portantiero, la burocracia sindical era representativa del sentido común obrero, lo que generaba un alto consenso entre sus filas. Sus intereses, no sólo económicos, sino también políticos fueron fuertes condicionantes para la acción de los gobiernos del período. Esos intereses políticos, no desbordaban los límites de las demandas dentro de un estado capitalista, es decir que no insistían en un cambio profundo en el sistema. Sin embargo, Cavarozzi y O'Donnell afirman que lo que se quiso evitar con los gobiernos autoritarios –demandas y acciones de tipo revolucionarias– fue finalmente el resultado no deseado de esas mismas políticas represivas. En este sentido, Cavarozzi aclara que si el movimiento sindical se transformó en una fuerza “subversiva”, no lo fue por el cuestionamiento a las bases del sistema capitalista, sino por el quebrantamiento de las reglas formales del sistema político que, a su vez, produjo reacciones en distintos actores políticos.

El gobierno contaba con una dirigencia en la CGT dispuesta a negociar y a frenar la lucha de acuerdo con los intereses del gobierno. La política de Vandor, dirigente de la UOM y de “las 62 Organizaciones”, líder de la rama participacionista del sindicalismo, dejaba afuera a aquellos que quisieran oponerse categóricamente a un régimen, que, además, había suspendido los convenios colectivos y prohibido los conflictos laborales sin la intervención del Estado. Si la dirigencia sindical era representativa en el sentido que explica Portantiero, no lo era con la totalidad de los trabajadores, ya que los sindicalistas y obreros que no estaban de acuerdo con las negociaciones que llevaba a cabo la Central, ni con el tipo de relación que mantenía con los gobiernos –especialmente en la etapa vandorista–, quedaban por fuera de los intereses de la institución. Citamos como ejemplo un volante del 24 de junio de 1968 firmado por el MUCS de Morón, Merlo y Moreno que califica a Vandor como dirigente traidor, en oposición a los aquellos que luchan contra la dictadura, así como destaca los distintos actores que se han unido contra la dictadura. Se remarca la división entre un ellos y un nosotros, en el que el otro no el gobierno dictatorial, sino los mismos dirigentes sindicales que han acordado con este. Esta oposición queda expresada en la frase final que sentencia una amenaza hacia aquellos no reaccionen contra el gobierno.

“Los sindicatos que permanecen en la pasividad no alcanzan a comprender la disposición de lucha que predomina y crece en nuestro pueblo, como crece el odio a los dirigentes traidores, Vandor, [...] Disposición de lucha que queda demostrada en las jornadas combativas de campesinos y locatarios contra los desalojos, de los Farmacéuticos, Estudiantes y en la grandiosa demostración obrera popular encabezada por la CGT el 1ro. de mayo en San Justo.

COMPañEROS: los dirigentes que no se pongan a la cabeza de las luchas contra la Dictadura, serán barridos por la acción unida de los trabajadores” (4).

Es decir que si la representación política del peronismo quedaba en manos de la CGT, por ser el único habilitado políticamente para hacerlo, pueden reconocerse dos amplios grupos que quedaban excluidos de dicha representación: por un lado, la parte de los ciudadanos peronistas que no eran trabajadores, y que, por lo tanto, a partir de la proscripción, tenían bloqueados los canales de participación política; y por otro, dentro del grupo de los trabajadores, aquellos que no aceptaban el estilo y la forma de acción de la Central. Esta situación se modificó parcialmente cuando, en 1968, se creó la CGT de los Argentinos (CGTA), liderada por Raimundo Ongaro. La central paralela, adoptó un tono de denuncia no sólo corporativa, sino que intentó convertirse en un actor político más amplio que pudiera tanto denunciar al régimen de Onganía, como intervenir y proponer cambios en consonancia con la “nueva izquierda”. En junio de 1968 la CGTA realizó una convocatoria a formar un frente de resistencia civil, que fue retomada por diferentes organizaciones sindicales. En ese mes, los trabajadores telefónicos reunidos en FOETRA, recuperando esta y otras consignas de la CGTA, expresaban en un panfleto “Luchamos por un frente de resistencia civil, la libertad, la soberanía y la justicia social” (5). Se trata de un ejemplo de intereses que excedían lo estrictamente sindical al incorporar demandas no sólo más abarcativas, sino también cada vez más radicalizadas.

El periódico que publicaba la CGTA entre 1968 y 1970, dirigido por Rodolfo Walsh, y las acciones culturales que llevó a cabo la central, como el proceso colectivo que culminó con la muestra “Tucumán Arde” en noviembre de 1968, son también muestras de intereses más diversificados que los corrientes de una central sindical. Cuando se creó esta central, como resultado del Congreso Normalizador, una de las organizaciones que apoyó a la nueva institución, la Acción Sindical Argentina (ASA), según un documento de inteligencia del 2 de abril de 1968, enumera una serie de cambios sustanciales que era necesario realizar:

- Reforma agraria
- Reforma urbana
- Economía al servicio del hombre
- Nacionalización de los depósitos bancarios y del comercio exterior
- Defensa de la cultura nacional
- Unidad con todas las fuerzas obreras de América Latina, que luchan, como nosotros, por la liberación nacional de sus pueblos

- Acceso de las mayorías populares al poder como único camino para realizar la revolución a que aspiramos los trabajadores, para construir una sociedad mejor, basada en la justicia, en el respeto de la persona humana y en el trabajo (6).

Estas propuestas, que se ubicaban juntos a otras demandas vinculadas al movimiento obrero, sustentaban un programa que denominaban “revolucionario”. Llama la atención la amplitud de las consignas, que, lejos de ser reformistas, se vinculan a un proyecto cuyo horizonte puede considerarse socialista.

También escapaba a la política de la burocracia sindical la movilización clasista que hacía centro en su condición obrera y que practicaba un modo de relación entre las bases y los dirigentes escasamente aceptada en otros ámbitos de la política de la época: la democracia directa. Portantiero sostiene que “era una lucha contra el autoritarismo en la fábrica, que naturalmente se vinculaba con la lucha contra el autoritarismo en la sociedad” (7).

En ese mismo proceso, se fue conformando la “nueva izquierda”. Este repertorio de ideas, prácticas, representaciones políticas no fue unívoco ni lineal. Sin embargo, es posible identificar ciertos rasgos: provenían de tradiciones diversas: el peronismo, la militancia cristiana, el nacionalismo y la izquierda; sus acciones y discursos convergían en oponerse a la dictadura y al “sistema”; compartían objetivos y metodologías de tipo radical (8). Entre estos grupos, se encuentran desde organizaciones militarizadas hasta prácticas obreras y estudiantiles de protesta. Influidos por el ascenso de la idea de revolución, que se transformó, según Gilman en *la* palabra, los acontecimientos del Mayo Francés de 1968, la expansión del antiimperialismo, el rechazo a la Guerra de Vietnam, la exaltación de la lucha política y de la idea de “compromiso”, así como por una revalorización del peronismo en clave marxista, los que participaron de la radicalización política estaban en consonancia con otros movimientos del mundo occidental. La nueva izquierda estaba teñida también de un juvenilismo apoyado en lo que Terán y Sarlo llaman sentimiento de la inminencia, es decir que jóvenes dispuestos a cambios radicales en lo social, lo cultural, lo político, eran protagonistas de tiempos rápidos, y actuaban en relación con algo que estaba por venir: la revolución, la vuelta de Perón, un mundo/sistema nuevo. Podemos citar como ejemplo de este discurso, un panfleto del año 1968 de la Comisión de Apoyo Estudiantil a la CGT de los Argentinos de las Facultades de Arquitectura, Ciencias Exactas, Ciencias Económicas, Derecho y Ciencias Sociales y Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires que proponía:

- a) Nacionalización de los sectores básicos de la economía nacional
- b) Intervención de los obreros en todas las etapas de la distribución de bienes
- c) Anulación de los compromisos financieros internacionales
- d) Expropiación de los monopolios
- e) Reforma agraria
- f) Acceso de los hijos de los obreros a todos los niveles de la educación
- g) Libertad a Eustaquio Tolosa y demás presos políticos (9).



Este panfleto, en consonancia con citado de ASA, también propone un modelo revolucionario socialista. En ambos puede observarse la influencia marxista de la propuesta, que en el primero aparece como “economía al servicio del hombre” y “acceso de las mayorías populares al poder como único camino para realizar la revolución”, mientras que en el segundo se suscribe una “intervención de los obreros en todas las etapas de la distribución de bienes”. El pedido de reforma agraria, nunca realizada en la Argentina, no sólo sería clave en América Latina luego de la revolución mexicana, sino de la más cercana en el tiempo, la revolución cubana.

Un año más tarde, en un panfleto, la Agrupación Universitaria de Acción Libertadora (A.U.D.A.L.) de la Universidad Nacional del Sur se posicionaba, junto a la CGT de Paseo Colón contra la dictadura y la visita de Rockefeller, el “personero del imperialismo”, y, luego de haber apoyado el paro de los gremios y una manifestación obrero-estudiantil, declaraban su rechazo a las detenciones producidas en esa movilización. “Un nuevo paso dio la dictadura, pretendiendo frenar la lucha del pueblo [...] Lo que no saben, es que ni la balas, ni la detenciones podrán silenciar nuestras luchas, muy por el contrario, elevan el clamor de nuestro combate liberador” (10). Romero sostiene que la clave del inicio de la nueva izquierda se encuentra en la desilusión o “traición”, según Terán, de Frondizi. Estos autores se refieren a que la ilusión que generó Frondizi de convertirse en un gobierno progresista, comprometido con algunas ideas de la izquierda y con una promesa de levantar la proscripción del peronismo, se transformaron en sentimiento de traición frente a un giro a la derecha, plasmado en las medidas económicas tendientes a favorecer a los grandes capitales internacionales, la concentración de la economía, la racionalización laboral y la falta de apoyo sostenido a la legalización completa del peronismo. Pero a la traición de Frondizi, debe sumarse lo que consideramos un aspecto fundamental que definió en parte el surgimiento de la nueva izquierda, que es la clausura política desde el estado. En este sentido, el gobierno de Onganía marcó el punto culminante de esa supresión y el avance de las medidas represivas fue coadyuvando a que, sumado a los demás factores mencionados, se desarrollaran acciones cada vez más radicalizadas.

En el campo intelectual se hizo hegemónica la figura del “intelectual comprometido”, que emerge de la idea sartreana de compromiso con el pueblo. El acercamiento progresivo a este ideal, de la mano del antiintelectualismo, obligó a una revisión de la posición antiperonista tomada por los intelectuales durante las dos décadas anteriores. Asimismo, en el campo del arte, se conjugaron ideas de experimentación, vanguardia y compromiso, que fueron radicalizando las prácticas de algunos artistas, tanto en la renovación del lenguaje y de los principales cánones del arte, así como en las obras de arte de temática política. Los cuestionamientos a las instituciones artísticas, entre ellas los premios, se revelaron como un medio para alcanzar otras discusiones más profundas:

porque nuestra NO PARTICIPACIÓN en este premio es apenas una actitud perteneciente a una voluntad más general de NO PARTICIPAR de ningún acto (oficial o aparentemente no oficial) que signifique una complicidad con todo

aquello a distintos niveles el mecanismo cultural que la burguesía instrumenta para absorber todo proceso revolucionario (11).

Resulta interesante de esta declaración que el lenguaje del ámbito artístico utilice los mismos significantes que el discurso político de la época, y, además, la clara ubicación de la “burguesía” como el otro enemigo, ya no sólo del pueblo en general, sino también de los artistas vanguardistas a través de un “mecanismo cultural”. La idea de que un “proceso revolucionario” estaba en marcha, que también se destaca en este trabajo en otros ámbitos, debe entenderse aquí, también en el campo cultural.

Con relación a la radicalización política dentro de la iglesia católica, el MSTM se constituyó en una organización representativa de esa tendencia. La idea de conjugar religión y política, hasta el punto de subsumir la primera en la segunda, era una expresión más de la idea expandida en diversos ámbitos de que “la política se tornaba en la región dadora de sentido de las diversas prácticas” (12). Estos sacerdotes, aunque reconocían que no se trataba de un movimiento típicamente revolucionario, sostenían era el único que permitía un verdadero acercamiento al pueblo. En la “Síntesis de las conclusiones de los equipos regionales” del Encuentro del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, celebrado los días 1, 2 y 3 de mayo de 1969 en Córdoba, decían que

El peronismo, a pesar de no constituir tampoco una verdadera vanguardia revolucionaria, contiene algo distintivo que ha de ser tenido en cuenta seriamente; se trata del único movimiento de raigambre popular. ‘Lo popular’ ha de constituir la nota esencial y distintiva de todo Movimiento Revolucionario auténtico (13).

Pero el objetivo que parecía marcar sus acciones era más ambicioso: realizar la revolución, por ello se consideraban parte de un “Movimiento revolucionario auténtico”. Si dentro de la Iglesia católica la idea de revolución había sido vedada y reprimida desde hacía dos siglos, a fines de los sesenta, estos militantes no la consideraban discordante con el cristianismo. En el documento citado, aseguraban que el proceso revolucionario “está en marcha” y que

Dada la experiencia histórica y la situación creada por el estado de violencia institucionalizada y de represión sin escrúpulos, no se vislumbra una salida verdadera y eficaz que no apele a la lucha armada del pueblo por su total liberación por la instauración de un auténtico socialismo. Se descartan tanto la “conversión” de los opresores como las posibilidades de triunfo en América Latina, de un nacimiento de “no violencia” activa (14).

Este documento, que fue producido por el MSTM, pero que podría ser suscripto por la mayoría de los grupos radicalizados de la época, condensa la presencia de elementos comunes al proceso de radicalización política: la inminencia de la revolución, la necesidad de la lucha armada, el objetivo de la liberación del pueblo a través de un sistema socialista y la imposibilidad de llevarla a cabo por otros medios.

En estos años habían hecho aparición otros actores a tener en cuenta, las organizaciones armadas. Entre 1967 y 1970 surgió una de las más importantes, Montoneros, así como el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las

Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) entre otras múltiples organizaciones más o menos pequeñas y fragmentarias. Representaban lo que Altamirano llamó la izquierda “no respetable” y se basaban en la creencia en la revolución, por lo que consideraban que debía realizarse una ruptura radical con el presente. Pero fue luego del Cordobazo que estas organizaciones comenzaron a tener adhesiones de otros sectores de la sociedad, ya sea mediante la intervención directa en ellas, o en la falta de condena hacia sus acciones (15) o bien, expresando, según Romero, una “simpatía general”. El modelo de la guerrilla urbana atraía a estos grupos formados mayormente por jóvenes desencantados de la política llevada a cabo por los distintos gobiernos desde hacía una década y media, realizaban una valoración de la violencia, el heroísmo y la aspiración a ser la vanguardia de un movimiento social y político más general que terminaría en la revolución y la toma del poder del estado. Algunos hechos de relevancia marcaron el desarrollo posterior de esos grupos: en 1969 el Cordobazo mostró a esos jóvenes las posibilidades concretas realizar una revuelta popular, capaz de poner en jaque a un gobierno dictatorial; el secuestro y posterior muerte a Aramburu en 1970, llevado a cabo por Montoneros –más allá del mensaje político– fue una muestra de la capacidad operativa de las organizaciones armadas; el Vivorazo, en 1971, significó un alto grado de combatividad política y rechazo a las políticas del gobierno.

Terán afirma que si bien es cierto que la radicalización política está relacionada con la clausura de las vías democráticas, la insurgencia de los grupos guerrilleros hubiera ocurrido de todos modos, aunque esos canales se hubieran abierto. Para sustentar ello, da como ejemplo que, en el momento en que Perón es elegido Presidente (1973), las organizaciones guerrilleras no declinaron las armas. Si bien el autor luego matiza esta idea, lo cierto que puede ponerse en duda. Esta afirmación, que es cierta en parte –Montoneros, la mayor de las organizaciones, se retiró de la lucha armada cuando asume Cámpora– no puede suponer el momento de la ascensión de Perón en el vacío, como si la negativa a dejar la lucha armada no fuese también una consecuencia de los dieciocho años de proscripción, represión, radicalización y violencia política. El ascenso de la idea de revolución se dio en el marco de un proceso del mundo occidental y es un factor fundamental para explicar la radicalización política en la Argentina. Sin embargo, si se admite que las ideas no se dan en el vacío, sino que están ancladas en su historicidad, puede reconocerse que no todos los países latinoamericanos tuvieron el mismo desarrollo con relación al proceso de radicalización. El Chile de Allende demuestra que hubo otros caminos posibles. Es eso lo que le da un tono particular al proceso ocurrido en la Argentina, a la luz de los acontecimientos desencadenados desde 1955. Además, la creencia en la violencia para alcanzar fines revolucionarios también es explicable no sólo en el contexto ideológico internacional, sino especialmente en una sociedad que había vivido la violencia propugnada desde el Estado y que parecía, entonces, un medio más o menos legítimo de lucha política.

Retomando el comienzo de este trabajo, se decía que en esta década ocurrió un distanciamiento de la política, que además incluyó un descreimiento total de la idea de democracia y de participación política partidaria. Esto se debió, en parte, a las acciones de los

distintos gobiernos, las Fuerzas Armadas, los sindicatos, los grupos económicos y los partidos políticos, actores que impugnaron la participación política libre no sólo a través de la proscripción del peronismo y de la represión directa (especialmente fuerte en el caso de los gobiernos dictatoriales), sino, además, a través del sistema de negociaciones y presiones de tipo corporativas que dejaban afuera cualquier proyecto que incluyera a la mayoría de la sociedad, así como por la inacción de los partidos ante la proscripción y su propia eliminación. Las prohibiciones del peronismo y del comunismo sumadas a otras, impuestas también por el Estado, constituyeron en conjunto un *espectro de prohibiciones*. A través de decretos, leyes y la labor de inteligencia, el Estado fue incluyendo en la categoría “comunista” a los distintos actores que se han identificado a los largo de este trabajo como los grupos que fueron el radicalizándose, prohibiendo y sancionando gravemente las acciones que realizaran, sin importar su adscripción directa al comunismo. Se identificaba, además, con la idea de “comunista” a acciones y manifestaciones políticas, sociales y culturales que resultaran sospechosas por una supuesta “tendencia izquierdizante”. Este concepto genérico de comunista, en consonancia con las representaciones que se habían generado como consecuencia de la guerra fría, implicaba también una suerte de complot mundial, especialmente pro-chino o pro-soviético, para insertar solapadamente al comunismo en el país. Como podemos ver a través de los documentos que reflejan de la labor represiva del Estado desde la inteligencia policial, este peligro comunista podía manifestarse a través de la “infiltración” de la “tendencia izquierdizante”, o, directamente, por medio de la acción del “bolchevismo” o la “extrema izquierda”. Ello podía ocurrir en diversas instituciones y actividades que el estado se encargaba de prohibir, como presentaciones de obras de teatro, publicaciones, editoriales, asociaciones cooperativas, clubes culturales, o reuniones que podían resultar sospechosas en general. Así, el decreto emitido el 27 de abril de 1959, al prohibir al comunismo, explica que se trata, además del propio partido, de la “actividad insurreccional del comunismo, como órgano político en los movimientos gremiales, vecinales y en otras manifestaciones de la vida nacional”, dado cuenta del amplísimo alcance de esa interdicción. A ello se suma el impedimento a la realización de huelgas, expresión tradicional de protesta obrera que se había convertido, en el contexto represivo, en uno de los canales –tal vez el más importante– de lucha obrera y política. La obligatoriedad de intervención del Estado en los conflictos gremiales, vedaba la posibilidad de utilizar esta expresión típica y arraigada a la cultura obrera. Otro de los ámbitos fuertemente reprimido fue el universitario, considerado entonces como una muestra de la decadencia del país a nivel político. Bajo el título “Sugerencias sobre el modo de combatir al comunismo en la U.N.S.”, el Estado propone una serie de medidas que comienzan por “eliminar” a los profesores identificados como el “principal bastión comunista”, en segundo lugar, la supresión de la “literatura izquierdista”, en tercer lugar la detección de dirigentes estudiantiles “crónicos” para hacer valer el requisito de regularidad y con esto dejarlos fuera de la universidad, y finalmente, se indica una “intensa campaña de difusión cultural” que destaque los valores “democráticos” y contra el “paraíso soviético” (16). Este plan, partiendo de la convicción de que el comunismo se había instalado en la

universidad, hacía jugar fuertemente la idea de penetración de ideas a través de la cultura, tanto de las ideas de izquierda como las propias del gobierno. Supone que la literatura es el medio por el que los estudiantes se acercan a la militancia, al tiempo que a través conferencias, folletos y funciones cinematográficas, podía convencerse a los jóvenes de lo contrario.

El Secretario de Cultura y Educación de la Nación, refiriéndose a la universidad, sostenía que “un estado de subversión interna la desgarraba y la detenía en su marcha convirtiéndola muchas veces en foco de estéril agitación [...] Un plan marxista de alcance latinoamericano [...] quería convertir a nuestra juventud estudiosa en pieza de juego a una lucha de dominación internacional” (17). Esta justificación, con un lenguaje típico de la doctrina de la Seguridad Nacional, utilizada para impedir la normal actividad universitaria en el país y convertirla en objeto de fuerte represión, es representativa de la aplicada en distintos ámbitos de la sociedad. La proscripción política era, entonces, la prohibición más evidente y representativa de la interdicción de un cúmulo de actividades sociales, sindicales, estudiantiles, culturales vinculadas más indirectamente con la política, pero constitutivas de la identidad social, que eran efectivamente penadas por el Estado.

A medida que avanzaba esta obstrucción basada en razones políticas, pero que afectaba también a lo social y cultural, hubo también un severo acercamiento a la política, a través del proceso de politización y radicalización política. Esto es la política *aparecida*. Puede pensarse que se trata de un doble proceso, que explica por qué puede hablarse paralelamente de lo que parecen dimensiones contradictorias: “suspensión de la política” y al mismo tiempo, politización. Esta idea de política *aparecida* permite analizar el acercamiento de la sociedad a la política en este marco de supresiones y bloqueos de canales de expresión política, en una sociedad que se parecía cada vez más a la sociedad disciplinaria. La política, mientras se la enmarca en el *espectro de prohibiciones*, *aparece*, entonces, por las grietas que deja el sistema político represivo, en estudiantes que amplían sus reclamos a un cambio profundo en la economía y en la sociedad en general, en intelectuales y artistas “comprometidos” con el pueblo, en sacerdotes que instan a la lucha armada, en un movimiento obrero que propone hacer la revolución.

## Notas

(1) De Riz, Liliana, *La política en suspenso, 1966/1976*, Buenos Aires, Paidós, 2000, p. 74.

(2) Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1999, p. 142.

(3) *Cristianismo y Revolución*, n° 4, marzo de 1967.

(4) Archivo DIPBA, Mesa B, Carpeta 126, Legajo n° 122, Capital Federal, p. 267.

(5) *Ibid.*, p. 265.

(6) *Ibid.*, p. 34.

(7) Portantiero, Juan Carlos, “Economía y política en la crisis argentina: 1958 – 1973”, *Revista Mexicana de Sociología*, n° 2, 1977, p. 554.

(8) Tortti, María Cristina, “Protesta social y 'nueva izquierda' en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”. En: Pucciarelli, Alfredo, ed., *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

- (9) Archivo DIPBA, Mesa B, óp. cit., p. 266.
- (10) Archivo DIPBA, Mesa A, Bahía Blanca, Legajo 1, p. 113.
- (11) "Siempre es tiempo de no ser cómplices", Juan Pablo Renzi y otros, Manifiesto presentado en Rosario, junio de 1968. Reproducido en Inés Katzenstein (ed.) *Escritos de vanguardia. Arte argentino de los años '60*, Buenos Aires, Fundación Espigas, 2007.
- (12) Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina (1956 - 1966)*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993, p. 142.
- (13) Archivo DIPBA, Mesa Referencia, Legajo n° 15281, Tomo 1, p. 7.
- (14) *Ibid.*, p. 7.
- (15) Lo afirma O'Donnell según una encuesta realizada en 1971 y 1972 en O'Donnell, Guillermo. *El Estado Burocrático Autoritario*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.
- (16) Archivo DIPBA, Mesa A, óp. cit., pp. 437 – 438.
- (17) Archivo DIPBA, Mesa A, óp. cit., p. 6.
- (18) Dando cuenta de este doble proceso, pueden servir como ejemplos los títulos aparentemente contradictorios que llevan dos libros referidos a la misma época: *La política en suspenso* (De Riz, óp. cit.) y *La primacía de la política* (Pucciarelli, óp. cit.).

## **Bibliografía**

- Altamirano, Carlos, *Bajo el signo de las masas (1943 - 1973)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.
- Anzorena, Oscar, *Tiempo de violencia y utopía (1966 - 1976)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.
- Calveiro, Pilar, "Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia", *Lucha Armada en la Argentina*, no. 4, 2005.
- Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia (1955 – 1996) La transición del estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- de Diego, José Luis, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970 - 1986)*, La Plata, Al Margen, 2007.
- De Riz, Liliana, *La política en suspenso, 1966/1976*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritos revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- Gordillo, Mónica, "Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973". En: JAMES, Daniel, ed., *Nueva Historia Argentina. Tomo IX: Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.
- Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1999.
- Lenci, Laura, "La Radicalización de los Católicos en la Argentina. Peronismo, Cristianismo y Revolución (1966 – 1971)", *Cuadernos del CISH*, N° 4, 1998.
- O'Donnell, Guillermo, *El Estado Burocrático Autoritario*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.
- Portantiero, Juan Carlos, "Economía y política en la crisis argentina: 1958 – 1973", *Revista Mexicana de Sociología*, n° 2, 1977.
- Romero, Luis Alberto, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Sarlo, Beatriz, "Cuando la política era joven", *Punto de vista* n° 58, 1997.
- Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*

(1956 - 1966), Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.

----- "La década del 70: la violencia de las ideas", *Lucha armada en la Argentina*, n° 5, 2006.

----- "Cultura, intelectuales y política en los '60". En: Katzenstein, Inés (ed.) *Escritos de vanguardia. Arte argentino de los años '60*, Buenos Aires, Fundación Espigas, 2007

Torti, María Cristina, "Protesta social y 'nueva izquierda' en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional". En: Pucciarelli, Alfredo, ed., *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

### **Fuentes**

Archivo Dirección de inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA)

Revista *Cristianismo y Revolución*

"Siempre es tiempo de no ser cómplices", Juan Pablo Renzi y otros, Manifiesto presentado en Rosario, junio de 1968. Reproducido en Inés Katzenstein (ed.) *Escritos de vanguardia. Arte argentino de los años '60*, Buenos Aires, Fundación Espigas, 2007.

### **ANA LIZA BUGNONE**

Es licenciada en Sociología, candidata a doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Desarrolla su investigación como becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP / CONICET), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Es docente de la Facultad de Bellas Artes de la misma universidad.